

LAS COSAS DE FEDERICO



Mónica Rodríguez

Ilustraciones de Federico Delicado



editorial
MILENIO

© del texto: Mónica Rodríguez, 2020
© de las ilustraciones: Federico Delicado, 2020
© de esta edición: Milenio Publicaciones, S. L., 2020
C/ Sant Salvador, 8 – 25005 Lleida
editorial@edmilenio.com
www.edmilenio.com

Primera edición: diciembre de 2020
ISBN: 978-84-9743-916-9
DL: L 680-2020
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S L
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

1

*(Año 1906, finales de agosto, hace mucho calor.
Un pueblo andaluz de la Vega. Alrededores).*

Federico camina entre los chopos y los zarzales. Mira hacia atrás y ve a Carmen que le sigue. Su vestido resalta entre la fronda y es blanco como la tarde. Ella tiene catorce años y Federico ocho. La Ramicos, como él la llama, es la hija de su nodriza, la que le amamantó cuando era niño de teta, y por eso él piensa que son medio hermanos, hermanos de leche. Él es el hijo del amo.

Federico intenta subirse a un chopo, pero no puede.

—Ten cuidado, lucero, a ver si te vas a lastimar
—le reprende Carmen.

Avanza hacia Federico y su vestido se enreda en las ramas. Maldice por lo bajo y el niño la oye y se ríe. La Ramicos, enojada, se sienta a descansar en un murete de piedra, entre sombras y pájaros.

—Anda, tunante, alcánzame un fruto de esos árboles que me devuelva el aliento.

—¡No puedo! —grita el niño.

—¿Cómo que no puedes, si lo tienes ahí mismico?

—Está el peligro, Ramicos. Está el peligro.

—¿Pero qué peligro, lucero?

—Por ese reguero va un cocodrilo.

—¡Un cocodrilo, estás tú bueno! Los cocodrilos andan en otras tierras, aquí hay a lo mucho lagartijas y a lo poco ni eso.

—¿Lagartijas? No, no.

Federico se mira sus lindos zapatos llenos de barro y sus piernas blancas y regordetas. Con sus torpes andares se llega hasta el murete y se sienta en el suelo. Apoya la cabeza entre las manos y la mueve testarudo.

—Lagartijas no, Ramicos. Aquí hay cocodrilos, cocodrilos verdes que parecen cuero viejo, con

dientes como escardillas y tan grandes que se comen las ovejas de un bocado. ¿Es o no es eso un peligro?

Carmen echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Un rizo de su cabello resbala sobre la frente.

—Anda, vamos —dice poniéndose en pie—, que tu madre debe estar rezándole a la Virgen del Amor Hermoso porque no llega su hombrecito.

De pronto, Carmen se detiene y señala el muro de piedra, bajo los sauces, donde el musgo crece. El sol es muy blanco y rompe contra la piedra, les hace guiñar los ojos.

—¡Mira tu peligro! —grita y se ríe como la fuente.

En el muro, bañado por el sol, hay una lagartija muy quieta.

—¡Menudo cocodrilo!

Federico arruga la frente y enseguida contesta:

—¿Sabes qué es eso, Ramicos? No es lagartija, no. Es una gota de cocodrilo.

Carmen vuelve a reírse.

—¡Qué cosas tienes, Federico!

Le toma de la mano y siguen la vereda. La lagartija ha desaparecido por una hendidura de la piedra.

—Ay, si el amo supiera que esto está lleno de peligros, me cantaba las cuarenta —bromea la hija de la nodriza.

—Mejor te cantaba por bulerías —dice el niño.

Ella no deja de reírse y de menear la cabeza.

—¡Pero qué bobo que eres! ¿Y por qué no me cantas tú algo, lucerito, con esa voz de plata que tienes?

Federico canta y, entre coplas y risas, alcanzan el pueblo. Van de la mano.

Ya bordean las primeras fincas y la torre de la iglesia aparece tan alta como la casa donde vive Federico. Tocan las campanas y suenan a tierra. Los niños, aún de la mano, se detienen en el borde de la plaza. Las casas hondas y anchas están engalanadas y unos hombres trabajan montando columpios para la feria que en el pueblo llaman el Corpus Chico.

Cuando llegan al caserío, doña Vicenta, la madre de Federico, le llena de besos.

—¿Puedo ir con Salvador a esperar a papá?
—pregunta el niño.

Doña Vicenta consiente y atiende a los hermanos pequeños de Federico, Paquito y Concha, que revuelven en el patio. De dentro de la casa llega el rasgueo de una guitarra y por un momento Federico se detiene y duda. Al fin, corre bamboleándose y encuentra cerca del granero a Salvador, el hijo mayor del compadre Pastor, que murió el otoño pasado. Federico lo quería mucho y aún recuerda el calor de sus brazos y su cara vieja y bondadosa. También el rostro que le puso la muerte y la pena que trajo.

—Mira lo que te traigo, Federico —le dice Salvador y le enseña una urraca, que lleva dentro de su sombrero.

Ya el día está cayendo y no hace tanto calor. Huele a paja y a espinos. A sol. La urraca tiene la cara muy negra y el vientre blanco. Se mueve dentro del sombrero y abre y cierra el pico. Suena como un manojito de llaves. Federico, emocionado, toma el sombrero con la urraca y lo acuna entre los brazos.

—¿Sabes, Salvador, qué voy a hacer con ella? Voy a enseñarle a hablar. Aprenderá a decir: “Buenos días, amo”, “Buenas noches, amo”.

—¿Y quién es el amo, Federico?

—Pues yo, Salvador, quién va a ser.

—Mejor dices el amito que el amo de verdad ya llega.

Por el final del camino, rodeado de moreras y álamos, se distingue una silueta de un caballo y su jinete. Es Federico García Rodríguez, dueño de grandes terrenos a la orilla del río Cubillas, de campos de remolachas, de tierras de secano y de regadío y de esos bosques de chopos que le hablan al niño. Es el padre del pequeño Federico.

—Dime una cosa, Salvador, ¿tú qué crees que hace mejor papá: tocar la guitarra o montar a caballo?

—Lo mejor que hace el amo es contratar a más brazos de los necesarios para labrar la tierra. Que si no es por tu padre, habría más jornaleros pobres que zarzales en Fuente Vaqueros.

Orgulloso, Federico mira la figura de su padre, frente ancha, cejas espesas, mueca franca. Aprieta



aún más la urraca entre los brazos y espera a que don Federico detenga el caballo.

—¿Cómo está mi heredero? —le recibe el padre sonriente.

—Casi cazo un cocodrilo y tengo una urraca que aprenderá a hablar. Creo que le voy a enseñar un poema de Víctor Hugo para que se lo recite a mamá y a las criadas.

—Pero qué cosas se te ocurren, Federico —se ríe el padre—. ¿No quieres subir al caballo conmigo hasta la puerta de casa?

Federico mira el animal alto y blanco y le parece un gigante.

—No, que me mareo. Prefiero llevarte la brida.

Toma la correa y sin soltar la urraca dirige al caballo hacia la casa, junto a la iglesia, a un lado de la plaza. Salvador va con ellos. Suenan las chicharras y los cascots del caballo contra las piedras del camino.

Cerca de la fuente, hay una niña rubia, con dos larguísimas trenzas que le llegan casi a los pies y una flor en el pelo. Está sucia y va descalza. Federico y la niña se miran. Ella lleva un vestido que le

queda demasiado grande y que es demasiado viejo. Se saludan sin hablarse y Federico siente que se le enrojecen las mejillas. Recuerda, cuando era chico, las veces que fue a casa de aquella niña a darle limosna. Iba de la mano de la nodriza de su hermano Paquito. A veces, la niña y Federico hablaban de cosas de la iglesia o buscaban piedras blancas o veían cómo los hermanos mayores les daban tabaco a los sapos y a las lagartijas. La niña rubia les insultaba y corría, enojada, a esconderse entre los chopos. Federico la seguía.

—Son malos, malos. ¿Por qué envenenan a los sapos y a las lagartijas? ¿No les basta con la muerte de Fernandico? —lloraba.

Fernando era un hermanito de la niña rubia que se había muerto de disentería por aquel entonces.

Federico no sabía cómo consolarla.

Pero eso fue hace mucho, tres años por lo menos. Ahora solo algunas veces la distingue de lejos, entre las muchachas que van a la fuente, con sus refajos, sus cántaros y sus risas, o a la salida de la escuela. Ella va siempre grave y triste, con su miseria a cuestas que en cierto modo la embellece.

Ver a la niña entristece y cautiva a Federico.

Los hombres de la plaza que trabajan para la feria se quitan el sudor de la frente con los brazos desnudos. Antes de seguir con la faena, detienen la vista en la figura de don Federico sobre el caballo y del hijo llevando la rienda. El sol se acuesta sobre la tierra de la Vega y la urraca suelta un áspero graznido.